




## A LA LUZ DE LAS PRECISAS MUTACIONES

**CAMILA LONDOÑO ROMÁN**

Estudiante de Filología Hispánica  
Universidad de Antioquia

El encuentro con la poesía de Angélica Beatriz Lacunza se desató plenamente desde el azar. En febrero de 2018 buscaba un libro de Roberto Juarroz en la biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia. Después de encontrar a Juarroz observé los libros que se situaban a su lado. Había uno delgado, de lomo raído y amarillento. *Raíz de tiempo* (1966) era su título. Leí un par de poemas y decidí prestarlo. Al salir de la biblioteca abrí su última página para ver la lista de préstamos: desde hacía 22 años estaba enclaustrado entre otros lomos más vivos, más tomados; nadie había leído sus versos desde entonces. A partir de este momento encaminé el deseo por conocer el origen del libro y de su autora. No había nada, o prácticamente nada, en internet. Sostuve la intriga y logré obtener un dato que permitió que el hilo del azar se continuara destejiendo. Había sido maestra en Quilmes, Argentina. Lo supe a través del blog del historiador quilmeño Chalo Agnelli, quien después de un intercambio de mensajes fue el posibilizador de mi contacto directo con Lacunza. Después de cuatro meses de espera desde el primer correo enviado a la poeta, recibí su respuesta y pude iniciar un diálogo sustancial por medio de mensajes y llamadas. Angélica reveló la alegría y la sorpresa del reencuentro con sus versos. Casi un año después, viajé a Argentina. Visité su apartamento, conocí las calles de su cotidianidad y durante varios días dialogué con ella sobre su vida y su poesía.

La vida de Angélica atraviesa un siglo en el que proliferan la violencia y la belleza. El siglo xx permitió una propagación de la cultura y también de la guerra. Latinoamérica se situaba en medio de dictaduras, muertes y desapariciones, pero también de revoluciones y contraculturas, de oposiciones ante los regímenes. El arte se defiende, la literatura y la poesía hacen presencia, haciendo que lo bello resista



ante lo terrible. La poesía de Angélica se sitúa en este ámbito. En medio de un contexto turbio, nacen en sus versos las preguntas constantes por lo originario y lo antiguo. Su obra se acerca a develar la sinuosidad de la especie, su recurrente pregunta por sí misma. Ahí en el lugar de lo indecible, la poeta figura como artesana, creadora de la representación de aquello cotidiano que ronda la realidad y el misterio del lenguaje. Angélica me expresa que ha buscado incansablemente la imagen de la belleza, en la que cabe “el amor, la desesperanza, la alegría, la tristeza, el significado de la vida, la razón de ser. Todo entra dentro de la belleza. Y también todo entra dentro de lo terrible”. Busca sus manifestaciones, las trata de asir, a pesar de saber que esto no podrá ser alcanzado: “nunca tocás eso bello, es una abstracción. La belleza es inasible”. Aun así, hace de la poesía una herramienta que inquiere, que trata de nombrar. Su poesía es intimista; es una poesía de la existencia, del enfrentarse día a día a la incertidumbre del ser. Manifiesta un diálogo con la propia dialéctica del hombre, logrando una compenetración con las preguntas esenciales. La obra de Lacunza continúa abordando temáticas que hacen parte del abanico existencial: la soledad, el tiempo antiguo, la Idea, la búsqueda de sí y el vacío.

La soledad desencadena una constante pregunta durante su vida. Ante ella surge un indicio de respuesta que se configura bajo el símbolo de un tiempo antiguo. En “Hoy recupero tu presencia” pareciese que hubo alguna vez un hombre originario, un ser que no estaba fragmentado, un niño antiguo al que busca siempre retornar. El sentir, el permanecer en el mundo en este tiempo antiguo, es elemental. Lacunza transita en la búsqueda del encuentro del lugar originario que podría, quizá, traducirse en el centro o la esencia primaria de cada ser: “No sabía para qué vivía, supuse que era un tiempo antiguo. Yo estaba en un tiempo, no había avanzado nada la vida con relación al entorno mío, a mis amigas, a la gente. [...] Es como el origen existencial de la vida. No buscaba explicaciones racionales, buscaba sentimientos del porqué de mi soledad. Era tan antigua, era tan primordial que por eso estaba sola”. Hay una añoranza hacia lo no posible al manifestar el anhelo de aquel tiempo. La sensación de soledad va enlazada al vacío y de allí se desprende una búsqueda de sí misma.

El concepto de la Idea, de raíces platónicas, es otro elemento que aparece con frecuencia en sus poemas. La Idea es simulación en el poema “Persigo”, es “una evidencia sin nombre”. Acorde al tono poético, la Idea aparece como una abstracción. La poeta procura el acercamiento a la forma elemental escondida en el tiempo antiguo. Así dice en “Extravío”: “Si la Idea tuviera / un solo vestigio, / -unívoco matiz- / de la forma elemental- / hubiera fijado ya / las últimas verdades”.

La memoria, entre tantas formas posibles de la gratitud, ha aparecido representada en las pequeñas cosas que suceden en la cotidianidad de Lacunza: en el olor intenso de su casa, en los objetos que narran fragmentos de su vida, en los libros arrumados que lee asiduamente, las pinturas, los grabados y el pequeño jardín en su balcón. Gracias a este encuentro fue posible hacerme a una imagen ante su vida y su obra. He descubierto una voluntad irrefrenable en medio de la soledad y el recuerdo casi intacto de una vida. Hoy, con 90 años, la poeta mantiene la sensibilidad, la lucidez y la mirada atenta ante lo que ronda lo humano. La poesía continúa acompañando su camino, la búsqueda de la belleza permanece.

Biche —como la llaman sus seres más cercanos— nació en Bernal, provincia de Buenos Aires en 1929. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires y desde allí dedicó sus días a la docencia y la investigación. Muy joven comenzó a escribir poesía. A los treinta y siete años publicó el poemario *Raíz de tiempo* (1966). Le siguieron *Canto circular* (1968), *Poemas con máscara* (1974) y *Sin señales de alarma* (1982). Luego participó en la antología *La orilla de los signos* (1977). Después de un llamado al silencio de treinta y siete años, a raíz del encuentro con una de sus exalumnas, Andrea Centrella, decidió dar a conocer *Siluetas en la arena* (2018), *nouvelle* escrita con el pintor Enrique Gorla tres décadas atrás. ■